

## IV

Y porque así sus penas distraía,  
 las mías le conté con alegría,  
 y un cuento amontoné sobre otro cuento,  
 mientras ella, abstrayéndose, veía  
 las gradaciones de color que hacía  
 la luz descomponiéndose en el viento.  
 Y haciendo yo castillos en el aire,  
 ó, como dicen ellos, en España,  
 la referí, no sé si con donaire,  
 cuentos de Homero y de Mari-Castaña.  
 En mis cuadros risueños,  
 pintando mucho amor y mucha pena,  
 como el que tiene la cabeza llena  
 de heroínas francesas y de ensueños,  
 había cada llama  
 capaz de poner fuego al mundo entero:  
 y no faltaba nunca un caballero  
 que por gustar solícito á su dama  
 la sirviese, siendo héroe, de escudero.  
 Y ya de un nuevo amor en los umbrales,  
 cual si fuese el aliento nuestro idioma,  
 más bien que con la voz, con las señales,  
 esta verdad tan grande como un templo  
 la convertí en axioma:  
 que para dos que se aman tiernamente,  
 ella y yo, por ejemplo,  
 es cosa ya olvidada por sabida  
 que un árbol, una piedra y una fuente  
 pueden ser el edén de nuestra vida.

## V

Como en amor es credo,  
 ó artículo de fe que yo proclamo,  
 que en este mundo de pasión y olvido,  
 ó se oye conjugar el verbo *te amo*,  
 ó la vida mejor no importa un bledo;  
 aunque entonces, como hombre arrepentido,  
 el ver á una mujer me daba miedo,  
 más bien desesperado que atrevido,  
 — Y ¿un nuevo amor — la pregunté amoroso —  
 no os haría olvidar viejos amores? —  
 Mas ella, sin dar tregua á sus dolores,  
 contestó con acento cariñoso:  
 — La tierra está cansada de dar flores;  
 necesito algún año de reposo. —

## VI

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,  
 como aquel que patina por el hielo;  
 y en confusión extraña  
 parecen confundidos tierra y cielo,  
 monte la nube, y nube la montaña,

pues cruza de horizonte en horizonte  
 por la cumbre y el llano,  
 ya la cresta granítica de un monte,  
 ya la elástica turba de un pantano;  
 ya entrando por el hueco  
 de algún túnel que horada las montañas,  
 á cada horrible grito  
 que lanzando va el tren, responde el eco,  
 y hace vibrar los muros de granito,  
 estremeciendo al mundo en sus entrañas:  
 y dejando aquí un pozo, allí una sierra,  
 nubes arriba, movimiento abajo,  
 en laberinto tal cuesta trabajo  
 creer en la existencia de la tierra.

## VII

Las cosas que miramos,  
 se vuelven hacia atrás en el instante  
 que nosotros pasamos;  
 y conforme va el tren hacia adelante,  
 parece que desandan lo que andamos:  
 y á sus puestos volviéndose, huyen y huyen  
 en raudó movimiento  
 los postes del telégrafo, clavados  
 en fila á los costados del camino;  
 y, como gota á gota, fluyen, fluyen,  
 uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,  
 y formando confuso y ceniciento  
 el humo con la luz un remolino,  
 no distinguen los ojos deslumbrados  
 si aquello es sueño, tromba ó torbellino.

## VIII

¡Oh, mil veces bendita  
 la inmensa fuerza de la mente humana,  
 que así el rambizo como el monte allana,  
 y al mundo echando su nivel, lo mismo  
 los picos de las rocas decapita,  
 que levanta la tierra,  
 formando un terraplén sobre un abismo  
 que llena con pedazos de una sierra!  
 ¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,  
 no conocidas antes,  
 del poderoso anhelo  
 de los grandes gigantes  
 que, en su ambición, para escalar el cielo,  
 un tiempo amontonaron las montañas!

## IX

Corría en tanto el tren con tal premura,  
 que el monte abandonó por la ladera,  
 la colina dejó por la llanura,  
 y la llanura, en fin, por la ribera;  
 y al descender á un llano,

sitio infeliz de la estación postrera,  
 le dije con amor: — ¿Sería en vano  
 que amaros pretendiera?  
 ¿Sería como un niño que quisiera  
 alcanzar á la luna con la mano? —  
 Y contestó con lívido semblante:  
 — No sé lo que seré más adelante,  
 cuando ya soy vuestra mejor amiga.  
 Yo me llamo Constancia y soy constante.  
 ¿Qué más queréis — me preguntó — que os diga?  
 Y, bajando al andén, de angustia llena,  
 con prudencia fingió que distraía  
 su inconsolable pena  
 con la gente que entraba y que salía;  
 pues la estación del pueblo parecía  
 la loca dispersión de una colmena.

## X

Y, con dolor profundo  
 mirándome á la faz, desencajada,  
 cual mira á su doctor un moribundo,  
 siguió: — Yo os juro, cual mujer honrada,  
 que el hombre que me dió con tanto celo  
 un poco de valor contra el engaño,  
 ó aquí me encontrará dentro de un año,  
 ó allí... — me dijo señalando al cielo.  
 Y enjugando después con el pañuelo  
 algo de espuma de color de rosa  
 que asomaba á sus labios amarillos,  
 el tren (cual la serpiente que escamosa  
 queriendo hacer que marcha, y no marchando,  
 ni marcha ni reposa)  
 mueve y remueve ondeando y más ondeando,  
 de su cuerpo flexible los anillos;  
 y al tiempo en que ella y yo, la mano alzando,  
 volvimos, saludando, la cabeza,  
 la máquina un incendio vomitando,  
 grande en su horror y horrible en su belleza,  
 el tren llevó hacia sí pieza tras pieza,  
 vibró con furia y lo arrastró silbando.

## CANTO TERCERO. — EL CREPÚSCULO

## I

Quando un año después, hora por hora,  
 hacía Francia volvía,  
 echando alegre sobre el cuerpo mío  
 mi manta de alamares de Zamora,  
 porque á un tiempo sentía,  
 como el año anterior, día por día,

mucho amor, mucho viento y mucho frío;  
 al minuto final del año entero,  
 á la cita acudí cual caballero  
 que va alumbrado por su buena estrella;  
 mas al llegar á la estación aquella  
 que no quiero nombrar, porque no quiero,  
 una tos de ataúd sonó á mi lado,  
 que salía del pecho de una anciana  
 con cara de dolor y negro traje;  
 me vió, gimió, lloró, corrió á mi lado,  
 y echándome un papel por la ventana,  
 — ¡Tomad — me dijo — y continuad el viaje! —  
 Y cual si fuese una hechicera vana  
 que, después de un conjuro, en la alta noche  
 quedase entre la sombra confundida,  
 la mujer, más que vieja, envejecida,  
 de mi presencia huyó con ligereza  
 cual niebla entre la luz desvanecida,  
 al punto en que, llegando, con presteza  
 echó por la ventana de mi coche  
 esta carta tan llena de tristeza,  
 que he leído más veces en mi vida  
 que cabellos contiene mi cabeza:

## II

« Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,  
 cuenta os dará de la memoria mía.  
 Aquel fantasma soy que, por gustaros,  
 jugó á estar viva á vuestro lado un día.  
 » Cuando lleve esta carta á vuestro oído  
 el eco de mi amor y mis dolores,  
 el cuerpo en que mi espíritu ha vivido  
 ya durmiendo estará bajo unas flores.  
 » Por no dar fin á la ventura mía,  
 la escribo larga .. casi interminable!...  
 ¡Mi agonía es la bárbara agonía  
 del que quiere evitar lo inevitable!  
 » Hundiéndose al morir sobre mi frente  
 el palacio ideal de mi quimera,  
 de todo mi pasado, solamente  
 esta pena que os doy borrar quisiera.  
 » Me rebelo á morir, pero es preciso...  
 ¡El triste vive, y el dichoso muere!...  
 ¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;  
 hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!  
 » ¡Os amo, sí! Dejadme que habladora  
 me repita esta voz tan repetida;  
 que las cosas más íntimas ahora  
 se escapen de mis labios con mi vida.  
 » Hasta furiosa, á mí que ya no existo,  
 la idea de los celos me importuna;  
 ¡juradme que esos ojos que me han visto  
 nunca el rostro verán de otra ninguna!

»Y si aquella mujer de aquella historia  
vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,  
aunque os ame, gemid en mi memoria;  
¡yo os hubiera también amado tanto!...

»Mas tal vez allá arriba nos veremos,  
después de esta existencia pasajera,  
cuando los dos, como en el tren, lleguemos  
de nuestra vida á la estación postrera.

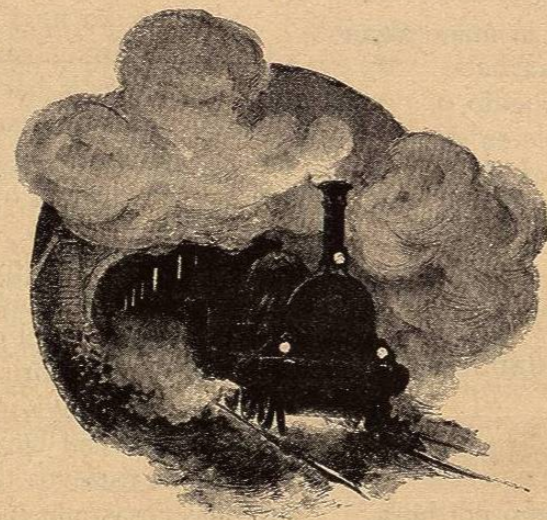
»¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!  
Cuidad, siempre que nazca ó muera el día,  
de mirar al lucero de la tarde,  
esa estrella que siempre ha sido mía.

»Pues yo desde ella os estaré mirando,  
y como el bien con la virtud se labra,  
para verme mejor, yo haré rezando  
que Dios de par en par el cielo os abra.

»¡Nunca olvidéis á esta infeliz amante  
que os cita, cuando os deja para el cielo!  
¡Si es verdad que me amasteis un instante,  
llorad, porque eso sirve de consuelo!...

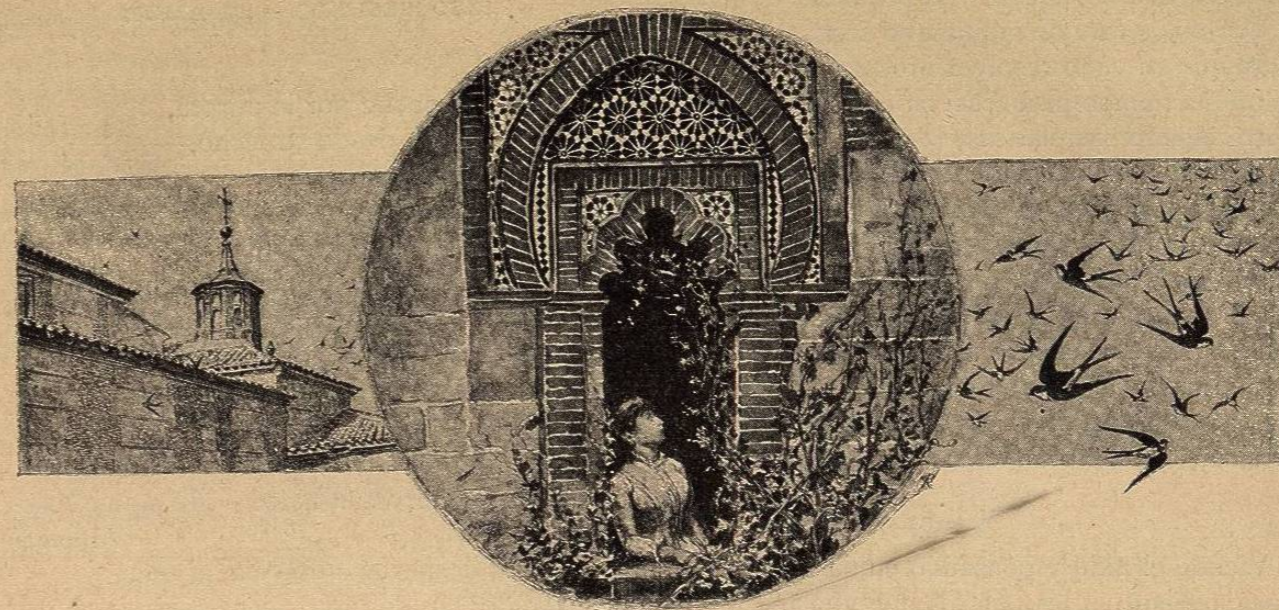
»¡Oh Padre de las almas pecadoras!  
¡Conceded el perdón al alma mía!  
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas;  
mas sufrí por más tiempo todavía!

»¡Adiós adiós! Como hablo delirando,  
no sé decir lo que deciros quiero!  
¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,  
que sufro, que os amaba, y que me muero!»



## III

Al ver de esta manera  
trocado el curso de mi vida entera  
en un sueño tan breve,  
de pronto se quedó, de negro que era,  
mi cabello más blanco que la nieve.  
De dolor traspasado  
por la más grande herida  
que á un corazón jamás ha destrozado  
en la inmensa batalla de la vida,  
ahogado de tristeza,  
á la anciana busqué desesperado;  
mas fué esperanza vana;  
pues, lo mismo que un ciego deslumbrado,  
ni pude ver la anciana,  
ni respirar del aire la pureza,  
por más que abrí cien veces la ventana  
decidido á tirarme de cabeza.  
Cuando por fin sintiéndome agobiado  
de mi desdicha al peso,  
y encerrado en el coche, maldecía  
como si fuese en el infierno preso,  
al año de venir, día por día,  
con mi grande inquietud y poco seso,  
sin alma y como inútil mercancía,  
me volvió hasta París el tren expreso.»



## LA NOVIA Y EL NIDO

## POEMA EN TRES CANTOS

*Dedicado por el autor á su amigo y compañero EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.*

## CANTO PRIMERO. — EL NIDO

## I

Ya el mes de abril á la sazón corría;  
y con sus tibias y rosadas manos  
la primavera hospitalaria abría  
sus puertas á los pájaros lejanos.

Era el mes en que, eternas peregrinas,  
después que el frío del invierno pasa,  
todos los años, al tranquilo techo  
del cuarto de Isabel, dos golondrinas  
van á anidar como en su propia casa.

## II

Isabel, que era un ángel que pasaba  
en leer y rezar horas enteras  
cual si fuese educada en un convento,  
al florecer sus quince primaveras  
ni una hoja en su noble pensamiento  
á su corona virginal faltaba;  
y aunque va á ser esposa  
cuando del mal de amor nada recela,  
tomando el novio que escogió su abuela,  
estaba decidida á ser dichosa;  
y ajena á tentaciones y deseos  
con respecto á casados y casadas,  
sólo sabe haber visto en los paseos

las vides con los olmos enlazadas;  
pues era para ella un casamiento  
reducir á verdad un sueño hermoso,  
ser más querida, realizar un cuento,  
y hacer un viaje al Rhin con un esposo.

Así, en ciega ignorancia,  
Isabel, tan sencilla como hermosa,  
aun pensando de un hombre en ser la esposa,  
continuaba en su amor su santa infancia

## III

Pasan los días, sin contar las horas  
que como sombras huyen,  
mirando con afán cómo construyen  
su nido aquellas aves charladoras,  
que añadiendo canciones á canciones,  
entre ansias dulces y amorosos píos,  
unen hojas y granzas y vellones  
con el gluten y el limo de los ríos;  
y, cuanto más curiosa,  
mirando hacer el nido, se reía,  
entreabierta su boca, parecía  
la luz tomando el fresco en una rosa.

## IV

— ¿Para qué sirve un nido? — con sorpresa  
se pregunta Isabel: cuestión obscura,